

1

El sol del equinoccio de la primavera (finales de marzo) se refleja en el agua y me ilumina la cara.

Siento la planta de mis pies hundirse en el barro, y ellos bailan al compás de mis manos mientras planto la planta del arroz.

Vamos todos al compás.

Somos hani, un pueblo llegado hace más de mil trescientos años a las Montañas Ailao del sur de la provincia de Yunnan, en China. Hace frontera con Laos, Birmania, Vietnam y con el ocupado Tíbet.

Desde que mis antepasados se asentaron en estas montañas, tuvimos que luchar contra un relieve abrupto para hacer hueco al cultivo de nuestro alimento base, el arroz. Han hecho falta más de mil trescientos años de dura labor para dar este resultado más que extraordinario a la vista del ser humano, de las terrazas sinuosas e irregulares, hechas todas con nuestras manos.

Entre estas terrazas de arroz, las cuales reflejan una luz de color plateada, está la plantación del té verde.

Levanto la mirada del reflejo del agua y miro la aldea.

Cada una de nuestras aldeas tiene un frondoso bosque a su espalda, el cual es tratado por nosotros como el Bosque Divino. Rendimos homenaje a los bosques todos los

años, rogándoles que nos traigan paz, salud a nuestros aldeanos y una buena cosecha de arroz.

Hay, más o menos, un centenar de casas en nuestra aldea.

Las casas recuerdan a las setas que hay en el bosque, por su color tostado y por la forma de terminar el tejado en cuatro lados, hecho de paja. Son como un elemento más del bosque.

Para hacerlas aprovechamos ingeniosamente los recursos que nos da la naturaleza.

Todos nosotros tenemos una relación estrecha con los montes y con el agua que nos rodea, y aprovechamos la suficiente luz del sol para el interior de nuestras casas. En las ventanas hay algunas maderas que dejan pasar los rayos del sol.

Dejamos grandes sombras en el interior, para dar un toque místico en algún rincón de nuestro hogar. Jugamos con las luces y las sombras.

Usamos madera de los montes, tierra del campo, piedras de los esteros y hierbas de los terrenos cultivados para hacer cada uno su propia casa.

En la planta baja de las casas criamos el ganado y tenemos algunos muebles.

Nosotros vivimos en la primera planta, donde normalmente hay tres habitaciones, y en el medio de una de estas, hay constantemente un fuego encendido en un espacio cuadrado delimitado especialmente para ello. Como una salita en el centro de la casa. Así conseguimos fundir nuestros hogares con la tierra, y parece que surgen de ella.

No conocemos nada más lejos de lo que alcanza nuestra vista; quitando algún valiente hani que se animó a cruzar las montañas y, al regresar del viaje, nos trajo a nuestra aldea un montón de sabiduría y aventuras vividas más allá de las montañas de nuestro alrededor.

Inclino un poco la cabeza e intento mirarme en el reflejo del agua como si de un espejo se tratase, para ver si permanece intacto mi nuevo adorno del pelo.

Mi madre me lo ha colocado con mucho cuidado esta mañana, y no quisiera que se me descolocara ni el adorno ni el peinado. A los doce años de edad, las niñas hani como yo, nos ponemos un adorno en la cabeza; a los catorce se cambia por otro; y de nuevo otro cambio a los diecisiete. Los adornos se cambiarán tres veces en nuestra vida.

Cada adorno tiene un significado diferente en nuestra cultura.

El primero significa madurar, el segundo casarse, y el último estar casada.

Las niñas que vivimos en las montañas tenemos adornos con características primitivas, a diferencia de las que viven en las llanuras y a lo largo del río.

Nos cuentan las mujeres de la aldea que sus adornos son más coloridos que los nuestros.

Este es mi primer adorno, al tener doce años.

El adorno reflejado por el agua, sigue perfectamente colocado. Así que sigo con las manos y los pies sumergidos en el agua de los arrozales, con la labor de la plantación.

Pasado un buen rato desde que me preocupé por el estado de mi adorno del pelo, los mayores han decidido

que ya hemos terminado parte del trabajo que teníamos pendiente para hoy.

—Padme, hay que ir a recoger vegetales silvestres para hacer la sopa —me dice mi padre.

Le digo que sí con una pequeña inclinación de la cabeza.

Salgo de la terraza inundada por agua, y voy al riachuelo a asearme un poco antes de ir a por los vegetales. Me calzo los zuecos y me preparo para adentrarme en el bosque. Los vegetales silvestres serán para la sopa que cenaremos esta misma noche.

Mi amiga Akame viene corriendo hacia mí.

—¿A dónde vas, Padme?

Me ha mandado mi padre a recoger algunos vegetales.

—Tenéis sopa para cenar. ¡Qué rica! —me dice mi amiga Akame.

Mi padre, Yen, es el patriarca de la familia. Sus palabras son órdenes, sobre todo para sus hijas. Es un hombre bastante delgado, con facciones muy marcadas de nuestros antepasados. Sus ojos son rasgados y muy oscuros. Sin duda, los he heredado de él.

Una vez adentradas en el bosque, mi amiga Akame me ayuda a buscar algunas de las hierbas que usamos para cocer y hacer la sopa.

Aquí vivimos de lo que nos da la tierra. Tenemos algunos animales, aparte del arroz que plantamos, para nuestra alimentación. Para conseguir otros alimentos, van muchas mujeres y hombres de la aldea a un gran mercado, donde venden productos y cogen otros que nos hacen falta y que no podemos adquirir de otra forma.

Espero poder ir pronto al mercado y poder conocer otro lugar y otras personas.

Nos entretenemos un poco más de la cuenta en recoger algunos vegetales.

Tenemos que seguir un camino específico y no adentrarnos en otras zonas que podrían causarnos algún que otro sobresalto.

Así que los adultos saben por dónde vamos a estar dentro del bosque.

Vemos en la distancia que mi madre viene a nuestro encuentro.

—Vamos, niñas, que empieza a oscurecer.

—Sí, señora Wong —le dice mi amiga, inclinando la cabeza como señal de respeto hacia ella.

El sol marca nuestro horario. Con él, nos levantamos juntos y nos recogemos a la vez.

En el pequeño fuego, en el medio de la planta superior, cocinamos y nos alumbramos cuando el sol se esconde y nos deja en la oscuridad.

Andamos las tres de vuelta a la aldea.

Cuando estamos cerca de mi casa, mi amiga y yo nos despedimos. Ella anda en dirección a su casa, y mi madre y yo subimos las escaleras para entrar en la nuestra.

Entramos y nos descalzamos.

Le doy los vegetales a mi madre. Ella los lava delicadamente y los echa en una cazuela de hierro que tenemos en el centro del fuego, con el agua hirviendo.

Las comidas en nuestra tierra se cocinan con el máximo cariño y una enorme tranquilidad, dejando que el tiempo actúe sin presión.

Cada alimento tiene su adecuado espacio de tiempo, no hay que apurar y forzar el tiempo que necesita cada labor.

Así vivimos, al ritmo natural que la naturaleza nos impone. Vamos juntos de la mano.

Mi madre se acaricia de vez en cuando la barriga, mientras va removiendo con suavidad la sopa.

En unos meses, seremos uno más en la aldea. Y en nuestro hogar.

Nos sentamos alrededor de la mesa que hay cerca del fuego, y mi madre nos sirve la sopa que ha preparado con las hierbas silvestres. La sopa está caliente, y mientras sujetamos el cuenco con las palmas de las manos, se nos calientan. Esperamos un poco y, a sorbos pequeños, la vamos tomando.

Solo se oye el sonido de los sorbos que hacemos los tres, al tomar la deliciosa y caliente sopa.

Cuando terminamos la cena, mi madre recoge los cuencos y los lava.

Yo me voy a mi habitación, me pongo el vestido para dormir y me cepillo el cabello.

Me acuesto.

Cuando la claridad entra por los espacios que hay entre las maderas de las pequeñas ventanas de nuestra casa, todos nos ponemos en pie.

Aquí, todos trabajamos conjuntamente mano con mano, codo con codo, para el bien común de la aldea y de sus aldeanos. Es decir, de todos nosotros.

La principal labor que tenemos es la plantación, el cuidado y la recogida del arroz. Es nuestra máxima preocupación y tarea a desempeñar.

Mi madre, mientras hace el té, me dice con la voz algo temblorosa:

—Padme, hoy iremos las dos a atender a los animales.

Parece que está un poco más pálida de lo habitual, y observo que no deja de tocarse la barriga, como si algo la molestase.

—Sí —le contesto, mientras me bebo despacio mi taza de té.

Como dijo Liu Zhenliang, el té tiene «diez virtudes»: Es sabroso, preserva la salud, elimina los malos olores, previene enfermedades, cultiva la energía del cuerpo, alivia la depresión, mejora las costumbres, concita el respeto, alivia la mente y mantiene la justicia.

Mi madre me recuerda a menudo las grandes propiedades que tiene beber té, tan apreciado en nuestra cultura.

El árbol de seda y beber té simbolizan ambos el amor y el matrimonio.

Los matrimonios suelen estar decididos por los padres, y en algunas ocasiones el tío materno tiene preferencia a la hora de casar a una muchacha con uno de sus hijos.

Desde pequeñas nos enseñan cómo comportarnos, a saber cocinar, y a prepararnos para el gran día de nuestra boda, planeada prácticamente desde nuestro nacimiento.

Nuestro día a día es mejorar en cada cosa que se nos enseña. Tendremos que pasar esta sabiduría algún día a nuestros hijos, y así, de generación en generación, permanecerán las costumbres de la aldea.

Mi madre aprendió todo cuanto sabe de la suya. Ella me transmite todas esas enseñanzas, tan estrictas y perfeccionadas, que vienen de otras generaciones.

Pronto seré guía de mi futuro hermano o hermana que viene en camino. Tendré que ayudarle a perfeccionar cada costumbre que lleva miles de años siendo parte de nosotros, y le contaré cada historia que me cuentan a mí también.

Cuando termino la rica taza de té me levanto y limpio el tazón y la tetera.

El orden y la limpieza en nuestras casas es una de las tareas más estrictas y concienzudas que tenemos que realizar.

Nos calzamos los zuecos delante de la puerta.

Salgo por la puerta y le tiendo la mano a mi madre para ayudarla a bajar las escaleras.

Parece que hoy está más débil de lo habitual.

La tierra, las piedras y muchas veces el lodo nos hacen resbalar. Por eso hacemos nuestros propios zuecos con una suela que evita los resbalones en el barro, ya que la lluvia nos acompaña la mayor parte de los días de esta estación del año.

Mientras andamos cerca de los animales, como si los guiáramos a pastar un poco por el bosque, mi madre se siente un poco fatigada, y decide sentarse en una enorme roca que hay delante de uno de los árboles en la entrada del bosque.

Le digo que voy a por un cuenco de agua, que espere sentada a que llegue de vuelta.

Parece que los animales no van a adentrarse mucho más sin nosotras.

Ando bastante deprisa hasta nuestra casa. Subo las escaleras y entro. Cojo uno de los cuencos que tenemos en la pequeña estantería y salgo afuera. Voy a por un poco de agua al manantial. Me arrodillo en el suelo mientras espero que el agua vaya llenando el cuenco.

Una vez lleno, me levanto despacio para no derramar el agua y ando hacia donde espera mi madre.

Es complicado andar intentando no derramar la mayor parte del agua que hay en el cuenco, mientras estoy apurada por estar cerca de mi madre, entre tanta piedra resbaladiza y un camino abrupto.

Llego cerca del lugar donde quedó mi madre sentada en la enorme roca, sigo andando, la puedo ver...

Tumbada en el suelo.

Me asusto y tiro el cuenco al suelo, se pierde el agua entre la tierra del bosque, y corro hacia ella.

Me arrodillo a su lado y le levanto con sumo cuidado la cabeza.

La llamo y no me responde.

La zarandeo un poco y la intento levantar, pero no puedo, no tengo suficiente fuerza.

La dejo con mucho cuidado en la misma posición en la que estaba cuando la vi, y cruzo corriendo parte del bosque para pedir ayuda.

No sé hacia dónde mirar, los nervios me nublan los pensamientos, el corazón me va muy deprisa y las lágrimas me impiden ver la imagen que hay delante de mí. Todo se vuelve borroso.

Veo que suben varios hombres por la ladera y grito con bastante fuerza, para que oigan mi llamada de socorro.